

EL ÚLTIMO MALÓN: la quema de los templos en el discurso de la Iglesia católica bahiense

Mario Ortiz*
U.N.S.

Un hecho histórico y su documento

Al promediar la segunda mitad de 1955, la Iglesia Católica de Bahía Blanca realiza una publicación en forma de folleto o, si se quiere, dossier informativo de 28 páginas sobre el episodio de la quema de los templos parroquiales como respuesta por parte de sectores peronistas al fallido alzamiento militar de junio. El título es escueto pero significativo: *El 16 de junio en Bahía Blanca*. Editado por el presbítero Cayetano Baccega, el folleto reúne textos propios, informes de otros párrocos sobre lo ocurrido en sus respectivos templos, cartas públicas y declaraciones del episcopado argentino, y hasta un par de poemas alusivos. El documento, vale aclarar, no tiene fecha de edición, pero por algunos datos se puede inferir que es anterior a la revolución de septiembre de ese mismo año.

De acuerdo a la síntesis de los hechos ofrecida por el padre Baccega, ese 16 de junio obreros y militantes peronistas fueron convocados mediante la radio a reunirse a partir de las 13.30 hs. frente al edificio de la CGT, que en ese entonces estaba en la esquina de Mitre y Rodríguez, que ocupara durante muchos años. Como puede suponerse, ante los trágicos acontecimientos que se estaban produciendo en Buenos Aires, el clima era absolutamente tenso: "los espíritus pesaban como plomo", reconoce el P. Baccega. Aproximadamente a las cinco de la tarde, cuando aún no se había anunciado el sofocamiento de la intentona golpista, se formó una columna que se dirigió por O'Higgins hasta el templo de Santa Teresita. Escribe el padre José M. Sarrionandía, teniente cura de dicha parroquia, que dos horas antes ya se habían enterado de que los manifestantes vendrían a contrarrestar una supuesta reunión conspirativa que tendría lugar allí, instigada por el propio cura párroco, según había denunciado

* mariortiz@gmail.com

en la víspera un diario local. Ciertamente o no, el hecho es que a las 17.30 los manifestantes, al grito de "Perón sí, curas no", comenzaron a forcejear las puertas de entrada al templo y casa parroquial. Aunque no pudieron entrar, dañaron el frente y cerramientos. Un comisario de apellido Jackson le gritó al teniente cura que quedaba detenido, y que a la noche vendría a buscarlo. El sacerdote quedó incomunicado, pero esa misma noche fue asilado por el cónsul de España.

Posiblemente fue después de este episodio cuando atacaron la Curia Eclesiástica en Avenida Colón. Desde allí, la columna se dirigió a la Catedral. Los manifestantes entraron a las dependencias y ocasionaron destrozos en el templo. Siempre ante la impasibilidad de la policía, rompieron imágenes sagradas y prendieron diversas hogueras en la calle y casa parroquial, en las que quemaron una motoneta, libros, muebles, así como el archivo del templo de incalculable valor histórico, porque sus actas de bautismos, casamientos y demás anotaciones se remontaban a 1835, año en que se fundó el templo de Nuestra Señora de la Merced. Los sacerdotes, camuflados con saco y corbata, pudieron escapar, aunque luego fueron detenidos en la comisaría segunda.

Luego se dirigieron al templo del Inmaculado Corazón de María, perteneciente a la congregación claretiana, donde ocasionaron destrozos en la casa parroquial, el salón y cine anexos. Los sacerdotes también huyeron por los patios traseros. Algunos fueron refugiados por las Hermanas Mercedarias en el Hospital Español, y luego también recogidos por el cónsul de España, todo lo cual hace suponer que eran de esa nacionalidad. El Padre Vacca, párroco de Corazón de María, escribe para este folleto uno de los textos más extensos y ricos en detalles, al que nos referiremos más adelante.

Por último, a esos de las 19.30, la columna enfiló hacia Nuestra Señora de Lourdes, donde más o menos se repiten las mismas escenas.

La calma retornó cuando se declaró el estado de sitio en todo el país, y tropas del ejército se apostaron en el centro de la ciudad. Los sacerdotes quedaron detenidos en las respectivas comisarías, incluido el entonces Obispo de Bahía Blanca, Mons. Germiniano Esorto.¹

Se pueden hacer dos recorridos de lectura: uno de tipo estrictamente histórico, en el que la quema de estas Iglesias puede analizarse como ejemplo local de un fenómeno que por esas horas se daba en casi todo el país, esto es, la respuesta del sectores del peronismo ante el intento sangriento de golpe el 16 de junio de 1955; y esto, a su vez, como un episodio crítico en el contexto de enfrentamiento entre el peronismo y la fuerzas opositoras.

Pero al mismo tiempo, y de un modo no excluyente, es posible efectuar un análisis inmanente de este documento antes de que se disuelva en ese relato mayor que es la historia nacional. Sólo así es posible ver qué estrategias discursivas se diseñan a lo largo de los distintos textos que se suceden en el folleto; ver las marcas de lo presente y de lo ausente; de lo que se dice y lo que se calla; de la configuración que los narradores hacen de cada uno de los actores de este drama. Escuchar, en fin, la voz misma de la ideología. Y dije al “mismo tiempo”, porque sólo en la superposición del microrrelato (el folleto) contra el macrorrelato (la historia nacional, no entendida como Relato Único, sino polifonía de voces en pugna) puede evaluarse la especificidad de las operaciones discursivas puestas en juego.

Configuración de un espacio de enunciación

Ante todo, podemos afirmar que esta publicación representa el discurso oficial de la Iglesia en Bahía Blanca, tanto porque en aquélla escriben los párrocos de los templos atacados, como porque está avalado por el NIHIL OBSTAT y el IMPRIMATUR de Mons. Esorto.

En segundo lugar, este enunciador colectivo explicita por qué emite su discurso:

"...queremos...dejar para la posteridad el conocimiento de lo que ha sucedido; porque la posteridad no puede ignorarlo, a fin de que de ello pueda sacar las lecciones dictadas por esas ruinas humeantes y esos templos calcinados." (pág.5)

La Iglesia habla, entonces, *sobre* las ruinas en el doble sentido de esta preposición: habla acerca de ellas, pero fundamentalmente *desde* ellas, imaginariamente de pie sobre los escombros y las fogatas recién apagadas.

¹ Esorto todavía era obispo; recién en 1957 fue elevado a la dignidad de arzobispo.

Para corroborar la imagen de este lugar de enunciación, están las fotos que acompañan los testimonios, y que muestran las paredes chamuscadas, los bancos rotos, papeles desordenados, una Virgen caída, un sagrario violentado y curas limpiando los destrozos junto a ventanas con cristales rotos. Está también la foto de Mons Esorto rodeado de sus sacerdotes vestidos con saco y corbata. La foto refuerza el texto otorgándole credibilidad y un poderoso efecto de objetividad: a través del objetivo de la cámara, los lectores somos llevados al lugar de las ruinas. El destinatario final de este mensaje fotográfico no es sólo el lector contemporáneo, el fiel católico en quien se busca reafirmar la idea de barbarie peronista (el lector contemporáneo a los hechos, en última instancia podía ver los destrozos con sus propios ojos), sino el lector futuro, "la posteridad", o sea nosotros, quienes imaginariamente escribimos la historia.

Como puede presuponerse, este lugar de enunciación marca fuertemente la totalidad del documento en un sentido ideológico y lingüístico. Ya desde la portada y el título puede evaluarse una sutil operación: *El 16 de junio de 1955 en Bahía Blanca*, junto la foto que muestra la escultura de la Virgen María arrojada al suelo, escultura que está aun hoy en un altar de la Catedral, y dos guardas con los colores de la bandera argentina que enmarcan, arriba y abajo, el cuerpo de la portada. La fecha "16 de junio" al sustantivarse como designación de un acontecimiento histórico (EL 16 de junio, operación sintáctica equivalente a EL 25 de mayo) se supone que debería abarcar un conjunto amplio de hechos; pero la foto enseña lo niega: el 16 de junio lo único que ocurrió fue la quema de las Iglesias, de una Iglesia que - la guarda lo recuerda - se considera parte esencial de la argentina. Ninguna mención a que ese 16 de junio estuvo marcado por una violencia política que costó centenares de vidas en los bombardeos de la Plaza de Mayo.

En cierto sentido, esto resulta lógico: se trata de textos escritos por sacerdotes y miembros de una Iglesia que de pronto en una noche se vio ultrajada y profanada como nunca antes en la historia argentina. Desde su perspectiva, esos acontecimientos tienen algo de irreductible e incomprensible. Las fotos de los destrozos, en efecto, me recuerdan otras similares tomadas en la guerra civil española, pero esos acontecimientos encuentran su ubicación

más fácilmente en la tradición anticlerical del anarquismo y su respuesta violenta contra la Iglesia Española que consideraban como un instrumento de poder que ejerció la opresión durante siglos. Lo que ocurrió en 1936 en España es el corolario lógico de una serie de factores que, en forma inmediata, se remontan por lo menos al siglo XIX. Pero algo que se desprende de los textos en cuestión es que para la Iglesia Argentina, esa noche de violencia debió resultar particularmente traumática e inconcebible, máxime al provenir de un partido con el que desde un principio tuvieron excelentes relaciones, si se piensa que Perón reafirmó la educación religiosa en las escuelas, y que él mismo declaraba a la Doctrina Social de la Iglesia como una de las fuentes de su pensamiento político. Sin embargo, como es sabido, desde 1954, en poco menos de un año, las relaciones entre ambos se deterioraron rápidamente y pasaron de los mutuos recelos a la confrontación directa. Hacia el final del folleto hay una declaración del Episcopado con fecha del 7 de junio del '55 - pero dada a conocer con posterioridad - donde denuncia una seguidilla de disposiciones y leyes que atentan contra principios que consideraba indeclinables e innegociables: en aproximadamente seis meses, derogación de la enseñanza religiosa, prohibición de ceremonias religiosas públicas luego de la manifestación religioso-política del 8 de diciembre de 1954, aprobación de la divorcio, y separación de la Iglesia y del Estado. Todo esto, sumado a una campaña de ataques desde la prensa peronista y desde los discursos oficiales, lleva a la Iglesia a declarar en ese documento que hay una decidida persecución religiosa. La quema de los templos luego de la revolución fallida, es la conclusión paroxística y teatralizante de este estado de cosas.

La Iglesia habla desde las ruinas humeantes de los templos y, fundamentalmente, desde la humillación. Así y todo, no hay el atisbo del más mínimo balance, evaluación o reflexión en ningún sintagma de estos textos. El otro es el Otro radicalmente distinto e ininteligible, por lo tanto revestido con los caracteres de lo monstruoso. Claro que para dar cuenta de lo monstruoso, es necesario que los sacerdotes abandonen su característico discurso mesurado y conciliador, ese tono *maestoso* de diplomacia vaticana, y asuma el lenguaje estentóreo de la invectiva. La Iglesia está en pie de guerra, lo cual implica tres combates simultáneos: político, religioso y verbal. Podemos afirmar, entonces,

que este folleto pertenece a un registro extremo del discurso político: el panfleto. Este es un recaudo fundamental para enfrentarse a nuestro documento: la falta de un detenimiento analítico en los hechos referidos obedece a que este texto no es un ensayo o tratado, modalidades discursivas que abren el espacio para la confrontación y balance de ideas y datos en procura de agotar un tema. El panfleto (entendido como categoría de análisis y no como término peyorativo) no es la estrategia de la polémica, sino la del combate.

Para el panfletista, según Marc Angenot, hay una Verdad fuera de toda duda y de la que él es portavoz; no puede acallarla. La sociedad en medio de la cual grita se ha dividido en dos: los que lo oyen y los que no, amigos y enemigos. Si quien escribe el panfleto es nada menos que la Iglesia Católica, el discurso adquiere proporciones de combate escatológico, es Isaías proclamando la destrucción de Babilonia. Esto deriva de un principio inicial: para una institución religiosa que se considera una realidad física y metafísica, natural y sobrenatural al mismo tiempo, todo ataque político deviene, al mismo tiempo, ataque religioso, y lo contrario también. Buena parte de la historia europea, sobre todo a partir del siglo XVI, da cuenta de este principio.

El padre Baccega abre el folleto con un texto (págs. 1 y 2) que es una declaración de principios doctrinales, al mismo tiempo que una declaración de guerra que busca delimitar los territorios y los bandos en pugna: en virtud del Espíritu Santo conferido por Cristo a su Iglesia, "Notad bien que no a la sectas ni a los partidos, sino a la Iglesia Católica, fue dado el Espíritu de la Verdad Eterna." Por lo tanto, "Quien por su culpa está fuera de esta sociedad [la iglesia] no espere salvación, como fuera del arca de Noé ninguno se salvó", todo esto en cumplimiento de las palabras de Jesús que el sacerdote obviamente cita: "seréis maltratados, odiados, calumniados, muertos, y los que así procedan creerán hacer un bien." Es, entonces la lucha del Bien contra el Mal, lo que lleva tácitamente a poner al peronismo en la lista de los grandes perseguidores de la Iglesia, y como la lucha entre el Bien y el Mal eterna, el padre Baccega ubica al 16 de junio en el final de una lista que incluye a Diocleciano, Lutero, la Revolución Francesa y las Guerras Cristeras mejicanas.

En algún punto, nuestro sacerdote debe plantearse por qué ocurrió todo, cuál es la razón de una campaña desatada desde el gobierno, y que concluye en semejantes actos.

"Ella [la Iglesia] es la única que salva, y por eso es perseguida (...). ¿Puede tal vez un orgulloso defender una doctrina que predique la humildad? ¿Un hombre deshonesto puede aprobar una doctrina que predique la severa castidad?"

Evidentemente, afirmar elípticamente que el peronismo es un movimiento político orgulloso y deshonesto es llevar las posibles causas concretas a un plano de generalidad abstracta que por lo tanto no explica nada, como decir "nos persiguen porque nosotros somos el Bien y ellos son el Mal." Y es que poner en situación de análisis las razones del otro hubiese implicado, de un modo lógico, presuponer que el otro tenía sus razones. Y es que el otro no tiene razones; es más: es un ser irracional y por lo tanto incomprendible. De allí que a lo largo de estos textos, los párrocos de las iglesias atacadas abundan en palabras fuertemente marcadas a nivel ideológico, que hacen referencia al campo semántico de lo que podríamos denominar sarmientinamente: la "barbarie"

Perspectivas; puntos de vista

Desde la perspectiva de quien permanece encerrado en su propia visión de los hechos, las formas que se agitan en el exterior son las de las invasiones bárbaras. Es el reproche que en 1957, dos años más tarde, rubricaría Jauretche en *Los profetas del odio*: la incapacidad de ver y oír que tienen los intelectuales pertenecientes a la *intelligentsia*, colonizados mentalmente y por lo tanto encerrados en la torres de marfil del poeta, o en las seguridades del gabinete del ensayista; menciones en la que es posible fácilmente reponer algunos nombres: fundamentalmente, Borges y Martínez Estrada. Completamos entonces aquella imagen, agregando a esas torres y gabinetes, las sacristías y despachos parroquiales.

En un artículo no firmado - presumiblemente del padre Baccega - se describe el ataque a la Curia Episcopal:

"Frente a la C.G.T. se habían congregado más de un millar de adherentes (...) desde la Curia se sentían los ecos de la s arengas, antes

y después del discurso del Presidente caído. Luego se sintió el rumor de muchedumbre por las calles desiertas, gritos agresivos,; vivas al presidente; amenazas de muerte y venganza, como un resonar de tormenta lejana, que poco a poco va llegando con su carga de destrucción.” (pág.9)

El padre Vacca desde Corazón de María reproduce el ambiente

“Pegados al dial de nuestra radio estábamos los cinco padres de esta Comunidad, captando los últimos comunicados oficiales acerca de la fracasada revolución, cuando repentinamente penetran dos señoritas, sudorosas y con el cabello desgreñado, en el salón biblioteca en donde estábamos reunidos; su presencia nos extrañó notablemente, pues nuestra biblioteca, instalada en la planta baja, está exclusivamente reservada para los padres de la Comunidad, permitiéndose alguna que otra vez el acceso a los más íntimos amigos, pero jamás a las mujeres.” (pág 14)

El ámbito recluso de la biblioteca, cuyos libros amortiguan los ruidos, es también el ámbito reservado de la contaminación del pecado y de los acontecimientos externos, que sólo son audibles a través de una radio. Es lógico que desde allí los ruidos externos lleguen deformados e incomprensibles, como tormentas tempestuosas que se abaten desprevenidamente. Desde este punto de vista, es también lógico que el padre Koenig exclame aturdido y sin comprender: "A muchos, a muchísimos les extraña que haya pasado la noche negra de la barbarie para dejar sus huellas imborrables de incendios, robos y destrucciones en la ciudad de Bahía Blanca." (pág.12)

Al fin y al cabo, ¿qué mal podrían haber hecho unos sacerdotes reclusos en sus santos lugares, sólo dedicados a las cosas de Dios y de ningún modo a la conspiración política? La clausura ideológica se reproduce plásticamente como clausura monástica; pero también, en un sentido más pedestre y concreto, clausura literal: es posible leer entre líneas que los sacerdotes estaban ocultándose, presintiendo lo peor si el golpe fracasaba, como de hecho ocurrió.

Lenguajes

Podemos extraer un listado de términos que hacen referencia a las columnas de militantes que protagonizaron los destrozos ese día y de este modo, en estos relatos que pretenden ser la descripción objetiva de esos hechos, encontramos una gradación de denominaciones marcadas ideológicamente: de menor a mayor grado negatividad, nos encontramos con

un aséptico “manifestantes” en página 4, “incendarios” en página 5 hasta enfrentar toda la artillería calificativa; por supuesto, para el padre Koenig, que en ese momento era párroco en Lourdes, tanto como para José Sarrionandía, teniente cura de Santa Teresita, lo que avanzaba por las calles eran las “turbas”, que el padre Baccega no duda en comparar con los “hunos y los vándalos que destruyeron cuanto caía bajo la pezuña de sus caballos.” Quien se destaca por la variedad y fuerte contenido peyorativo es el texto del padre Vacca, parroco del Inmaculado Corazón de María. Para él son la “chusma peronista incendiaria”, la “indiada cegetista”; un manifestante que daba mazazos para derribar la puesta del templo era un “clerófago peronista”.

Como dijimos más arriba, algunos sacerdotes claretianos se refugiaron en el Hospital Español. Enterada de esto, una empleada del hospital y militante peronista ella misma se había convertido en una

"feroz fiera humana, que impacientemente recorría las diversas dependencias del nosocomio , porque no había podido presenciar el asesinato de un sacerdote por lo menos (...) su ansiedad febricitante de sangre sacerdotal (ansiedad no saciada) le quemaba la sangre y se sentía revestida de la ferocidad de la hiena." (pág.15)

Esta clase de lenguaje se revela como un lenguaje de clase, a partir del cual se distribuyen las especies zoológicas de ese período político en la Argentina: si los que quemaron las Iglesias son las fieras y las hienas, para esas mismas fieras los que escriben semejantes calificativos son los gorilas. De esta manera, la política que los textos silencian o disuelven en razones metafísicas, reaparece inscripta en el nivel mismo del lenguaje. Lo que se niega como contenido explícito, reaparece como forma verbal.

Una larga tradición literaria

Como dijimos al principio, el texto del padre Vacca se presenta ya no sólo como un informe de lo ocurrido en su parroquia, sino como una verdadera narración, hecho evidenciable en las descripciones detalladas de los acontecimientos, en la plasticidad de las imágenes que elabora, en la recreación de diálogos que otorgan agilidad y dramatismo a las escenas, y en el manejo de la tensión dramática. El sacerdote se detiene en un hecho puntual ocurrido esa

noche, que le fue narrado por un joven de quince años, y en el cual me quiero detener también yo.

Como se sabe, desde el gobierno se acusó al comunismo de las quemas. Sin embargo, fácilmente era posible individualizar detalles que lo desmentían:

“En el preciso instante en que se iniciaba el fuego, "un tipo con botas, afirma el joven, atada la cabeza con un pañuelo y vistiendo bombachones blancos, tiró al fuego un buen manojo de Rosarios de todos los tipos; entonces me decidí y saqué un puñado de ellos; en el acto me agarró del brazo ese bombachudo y me dijo: che. ¿qué hacés? ¿Qué sos vos...peronista o un contreras? Y sin esperar mi respuesta, me los quitó a todos y los arrojó rabioso al fuego, clavándome una mirada que casi me comía". Los que cometían estos atropellos, ¿eran los comunistas o los Peronistas? Creo que este bombachudo los diferenció muy bien.” (pág.18)

En un texto que tematiza la violencia política y la "barbarie", esta escena se puede inscribir en esa tradición que se inicia la literatura argentina. No hay dudas: el que alimentaba la fogata no era el típico intelectual comunista de clase media, atildado y posiblemente con anteojos. Lo delata su vestimenta: es un "bombachudo", posiblemente un carnicero de Gral. Cerri (como sugieren los datos que aporta el cura), era la reencarnación sacrílega de Matasiente en *El Matadero* o de la sombra terrible de Facundo.

Pero también lo delata el lenguaje que emplea, o mejor aún, el lenguaje que ambos emplean, tanto el sacerdote como el "bombachudo". Como afirma Piglia, la oposición entre civilización y barbarie se materializa en los cuerpos y el en el lenguaje como cuerpo, entre quienes pueden escribir y entender en francés *On ne tue point les idées*, esa frase que dejó Sarmiento al exiliarse a Chile, y quienes necesitan un traductor para decodificar la lengua de la cultura; entre la habla popular y violenta de los carniceros en el Matadero de la Convalecencia, con la aparición de esos "carajo" y "cojones" que Echeverría sugiere tras el velo de unos pudibundos puntos suspensivos, y el lenguaje engolado y castizo del unitario, quien les grita a esos gauchos federales "infames sayones"; finalmente, la diferencia que se marca entre ese "bombachudo" que lanza el crudo "Che, ¿vos sos un contrera?", y la lengua del mismo narrador que es capaz de escribir "la ansiedad febricitante de sangre sacerdotal".(No debe olvidarse – y el padre Baccega se encarga de explicitarlo puntualmente en un artículo – que el sacerdote es, además de un pastor, un intelectual que tiene

“una preparación y un nivel cultural que puede competir con cualquier otra profesión, por digna que se la quiera suponer.”)

Por el contrario, las “turbas” en última instancia ni siquiera poseen del todo un lenguaje, sino sólo gritos y balbuceos, un idioma troglodita que ni siquiera comprenden los mismos que lo pronuncian: “aún nos parece oír sus ‘vivas’ y sus ‘muertas’, con toda la inconciencia con que eran vociferadas (en el fondo sin saber por qué)”, dice el padre Rodríguez, párroco de la catedral. Y se repiten las consignas oídas desde el interior de las sacristías: “Perón sí, curas no”, “La vida por Perón”. Podemos reponer imaginariamente el duelo simbólico de lenguas y sonidos que se dio aquella noche: el latín frente a la consigna; el canto gregoriano frente a la "marchita".

Si queremos extremar la imagen aún más, ya ni siquiera hay lenguaje, sino “el rumor de muchedumbres por las calles desiertas (...) como un resonar de tormenta lejana, que poco a poco va llegando con su carga de destrucción.” Los que provocan las ruinas de los templos sólo pueden tener escombros de lenguaje.

Una larga tradición bahiense

Hagamos una síntesis de lo que hemos visto hasta ahora.

Este enunciador colectivo que es la Iglesia se conforma una imagen de sí mismo marcada por una triple dignidad que enumera el padre Baccega: dignidad **intelectual** (el sacerdote tiene años de estudios de filosofía y teología), **social** (es un pastor, dirigente de una comunidad) y **ministerial** (ejerce la representación espiritual en nombre de Dios y de los hombres, lo cual lo coloca “muy por encima de todas las funciones sociales, políticas o profesionales”). Esto lo que lleva a concluir que "Un sacerdote NO ES UN CUALQUIERA" (*letras capitales en el original*). Esta triple dignidad fue avasallada y humillada por otro sujeto colectivo, la "chusma peronista incendiaria" quien, por lógica consecuencia discursiva, aparece como triplemente indigna al no reconocer las jerarquías intelectuales, sociales y religiosas:

"¿No se ha profanado sacrilegamente ese sacerdocio católico al equiparlo con las más bajas capas de la delincuencia de barrio? Sacerdote hubo - el que esto escribe precisamente - que estuvo

detenido en el calabozo entre un vulgar ladrón y un herido en una reyerta de café."

Al Otro de este discurso se lo piensa y configura desde el arsenal de imágenes prototípicas que la Iglesia guarda de sus históricos perseguidores: los emperadores romanos, los bárbaros, los musulmanes, los revolucionarios, etc. Pero, más acá de la historia universal, nuestra propia historia argentina ha ofrecido imágenes de barbarie en la literatura antirrosista. Es cierto que no hay referencias explícitas a una equiparación entre cegetistas y mazorqueros pero, como vimos recién, tal analogía resulta pensable.

Ahora bien, si acotamos aún más la fuente de origen de las imágenes evocadas por el enunciador, vemos que aparecen alusiones explícitas al pasado bahiense, a esa imagen prototípica de la "barbarie" local: el malón. Ahora sí podemos resignificar el título del folleto: el 16 de junio de 1955 *visto* desde Bahía Blanca.

Como dijimos antes, hay una voluntad manifiesta de aportar material para la historia futura, pero también para reescribir la de nuestro pasado:

"Lo hacemos... para que la misma en el orden general sea rectificadada y que no se siga afirmando que el "último malón" se llevó a cabo en Bahía Blanca en el año 1873.² En realidad, se realizó y no por indios precisamente, el día 16 de junio de 1955."

Domingo Pronsato es el único colaborador laico de este folleto. Él representa la voz de la Historia, y por lo tanto es el encargado de reflexionar sobre el atentado contra la Ciencia de la Historia de momento en que, como dijimos más arriba, en el ataque a la Catedral se incendió el archivo que guardaba las partidas de bautismo y casamiento desde 1835 a la fecha. Estos libros parroquiales eran documentos inestimables no sólo por el registro de ciudadanos, sino porque en aquéllos los sacerdotes consignaban como notas al margen o comentarios en el texto multitud de noticias y datos sobre la vida en la Fortaleza y la aldea. Atentado sacrílego, pero también epistemológico.

Pronsato afirma que leyó cada uno de esos libros durante cuatro años, y por lo tanto se considera autorizado a afirmar

² Evidentemente, el padre Baccega no toma como último malón el del 19 de mayo de 1859, sino la una de las últimas incursiones de Namuncurá

"un hecho extraordinario que se repetía en todos los ataques y malones. (...) la indiada saqueaba los comercios y las casas incendiándolas luego, pero jamás fue incendiada ni saqueada la iglesia de N.S. de la Merced. Los indios siempre la respetaron."

La conclusión no está dicha, pero resulta obvia.

BIBLIOGRAFÍA

- Angenot, Marc, *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*, París, Payot, 1982.
- García Negroni, María Marta y otra, *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*, Buenos Aires, CEAL, 1992.
- Jauretche, Arturo, *Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1967. (4ª edición)
- Piglia, Ricardo, *La Argentina en pedazos*, Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, 1993.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986. [Reedición Buenos Aires, Eudeba, 2003]